durante los primeros meses; ellos formaron una muralla con sus batallones al gobierno provisional el 16 de Abril; rodearon á la asamblea á su instalacion; la libertaron el 15 de Mayo en union con la guardia nacional, prodigaron su sangre por ella el 23 de Junio y abrieron las puertas de Paris al ejército, vanagloriándose de someterse á los que les eran superiores en el arte de la guerra. Bien merecian haber sido adoptados por la asamblea nacional en vez de ser licenciados y olvidados. Pero si la actualidad olvida, la historia no, y en las páginas de la guardia movilizada se escribirán sus servicios con las gotas de su sangre.

## XX.

Mientras que los generales Subervie y Duvivier secundaban de esta suerte los esfuerzos del gobierno para reorganizar las fuerzas terrestres, Mr. Arago, cuyo nombre lisonjeaba el orgullo de la marina, mantenia con mano fuerte la disciplina de nuestras flotas, armaba nuestras escuadras, fortificaba nuestros puertos, concedia sin reserva la confianza del gobierno á los oficiales de este ejército escogido, en quienes el honor era la mejor garantía de su fidelidad á la república, y con miras patrióticas, á la vez que pacíficas, hacia flotar la bandera de nuestos buques en las costas del Mediterráneo.

## XXI.

Pero tan grande acrecentamiento de nuestras fuerzas nacionales para prevenir cualquier sor-



presa por mar ó por tierra, cualquier probabilidad de invasion y cualquier afrenta á la república, exigia del tesoro los esfuerzos correspondientes.

El gobierno habia hallado la hacienda en una situacion que hubiera sido grave en tiempos ordinarios, y exigido dentro de pocos meses un empréstito de seiscientos millones. Para contraer empréstitos se necesita crédito. Las revoluciones son los eclipses del crédito, porque trastornan, no solo los intereses, sino tambien las imaginaciones, y hacen cerrar las manos á los poseedores del oro en una nacion industrial. La cuestion de hacienda preocupaba mas que ninguna otra á los hombres previsores del gobierno, porque sabian que la revolucion tomaria un carácter de violencia ó de moderacion, segun las medidas financieras que adoptase el gobierno desde un principio.

Estos hombres decian en voz alta que no habia mas que dos medios de hacer atravesar á la república el abismo de una revolucion imprevista, sin precipitar en él la fortuna pública: la dictadura armada con el instrumento de los suplicios, ó el crédito.

La dictadura armada de esta suerte podia adoptar la bancarrota, los asignados, los *máximum*, y sostener contra las fortunas estas medidas desesperadas por medio de una apelacion á los pobres contra los ricos. No faltaban las fuerzas necesarias para ello. El solo hecho de una revolucion súbita y completa verificada sin resistencia por los brazos de los proletarios; la existencia de doscientos mil obreros en Paris á quienes en cualquier tiempo se podia fanatizar con-

tra las fortunas como se les entusiasmaba por la virtud; y de dos millones de trabajadores desocupados sobre la superficie de la república, clamando por pan en las ciudades manufactureras en que los talleres iban á economizar unos, y á cerrarse otros, eran elementos bastantes de terror para las clases poseedoras, y de irresistible comprension para un gobierno desesperado. No habia nada en el mundo que semejante gobierno no se sintiese con fuerzas para hacer durante los dos primeros meses de la república, cuando llevaba consigo el impulso y el peso de una revolucion que le habria empujado hácia un abismo, pero sin que nada pudiese resistírsele. Si el gobierno no se decidió por la tiranía, fué porque era bastante sábio para despreciarla y demasiado político para no temerla, pues mas trabajo le costó á cada instante rehusarla que aceptarla. Una palabra suya en aquellos momentos, habria hecho inclinar ante él á la Francia entera.—"Nosotros tenemos bastante fuerza para hacer todo el mal que un hombre puede imaginar, decia Lamartine á Dupont de l'Eure; en cuanto al bien, es diferente, porque se hace lentamente, con calma y medida." No era, pues, la falta de medios de compresion sobre las fortunas lo que inquietaba al gobierno, porque los tenia con esceso.

Pero todos estos medios, la bancarrota, los asignados, los empréstitos forzosos, la contribucion sobre los ricos, el diezmo de los capitales, los secuestros y las confiscaciones en favor de los pobres, impuestas y hecho efectivas á los ricos por medio de soldados de apremio, exigian la violencia contra las cosas. Los miembros previsores y moderados del gobierno, sabian que de la violencia contra las personas á la violencia contra las cosas, apenas hay distancia alguna, y que cada una de estas medidas habria hecho ocultar el oro, imposibilitado la recaudacion de los impuestos, estinguido el crédito y destruido el trabajo. Para hacer circular de nuevo el oro, para recaudar los impuestos, recobrar el crédito y proporcionar trabajo, era necesario castigar con crueldad. Las crueldades de la ley habrian producido las resistencias de los contribuyentes; las resistencias, las delaciones, las condenas, las multas, los encarcelamientos, y de aquí á los cadalsos no habia mas que un paso. Dado este paso, verteríase la sangre; la primera gota de ella, derramada por la revolucion en nombre de la república, la haria correr á torrentes, y de esta suerte se sacrificaba á la humanidad, se pervertia la revolucion, se deshonrabá la libertad, se entregaba la Francia al crímen, el rico al terror, el pobre á las guerras civiles, y la república á la execracion del porvenir.



Semejantes ideas, que preocupaban incesantemente el ánimo de los miembros del gobierno, y que fueron reproducidas con energía en el consejo de los hombres políticos y por los financieros, no permitian vacilar á la mayoría de él, cerca del partido que debian tomar, y á la primera medida de aquella naturaleza que se hubiese decretado, se habria retirado para declinar la responsabilidad de los crímenes y de la deshonra, que necesariamente habian de ser su consecuencia. Retirarse del gobierno los hombres sábios y prudentes que formaban par-

e de él, era abandonar la república al azar, Paris al desórden y á un rompimiento, la Francia á los lictores, y ninguno pensaba en ello sin estremecerse.

Al mismo tiempo sentíase un temor siniestro al sondear el estado del tesoro, que no podia llenarse á medida que se vaciaba sino con recursos diarios tan abundantes y tan inagotables como eran urgentes las necesidades á que habia que hacer frente. El 25 de Febrero existian en caja ciento noventa millones, suma muy inferior á la que por lo regular contiene el tesoro en este mes para pagar en el de Marzo siguiente los intereses de la deuda y las libranzas que se agolpan durante él. Si el gobierno hubiera mostrado la menor vacilacion en cubrir los compromisos del tesoro, la palabra *bancarrota*, sinónimo para el pueblo de la de *ruina*, habria corrido de boca en boca, asustado las imaginaciones, retirado de la circulacion los capitales, hecho cerrar las cajas y diezmado los impuestos, tocando así el escollo á los pocos dias. Era, pues, necesario demostrar confianza para inspirarla. El nombre del ministro de hacienda inspirábala en efecto á los capitalistas y á los banqueros de Paris, porque Mr. Gondchaux tenia la probidad, los obstinados escrúpulos, la rectitud de intencion, la esperiencia de crédito y la intrepidez de resistencia á los sistemas aventurados necesarios para afianzar todo lo que podia y debia ser afianzado en la region de los negocios: en una palabra, era lo que debia ser en semejantes momentos: la regularidad financiera en medio de la revolucion política. Pero tenia el defecto correspon-



diente á sus cualidades; el crédito tan tímido como su alma, y alarmándose con demasiada viveza de las doctrinas espuestas temerariamente por los que, inmediatos al gobierno, veian en la tiranía impuesta á los capitales lo que llamaban la organizacion del trabajo, los discursos del socialismo industrial en el Luxemburgo, á pesar de evaporarse en la atmósfera del buen sentido de la Francia y de los mismos obreros, le causaban como guardian del tesoro incesantes desvelos.

Estos discursos producian en efecto una fatal influencia en los negocios. Los obreros se entusiasmaban los primeros dias con las palabras sonoras que parecian contener riesgos para los capitalistas; los fabricantes, inquietos con las teorías de los salarios fijados absolutamente por el estado, las creian al principio mas peligrosas que en realidad lo eran; el pánico hacia cerrar las fábricas, y la produccion y el consumo se disminuian. Y sin embargo, como lo habian previsto los miembros ilustrados del gobierno, los obreros en masa empezaban ya á conocer la nada de las teorías del Luxemburgo. La distribucion igual de los salarios entre obreros desiguales en fuerzas, en habilidad, en conducta, en trabajo, era un escándalo para su equidad; la sujecion del capital, obligado á invertirse en trabajo, sin hallar interes en ello y sin que los productos tuviesen salida, causaba inquietud á su buen sentido. La elocuencia de su jóven tribuno, Luis Blanc, los seducia; pero al salir de sus cursos se preguntaban unos á otros acerca de lo que habia aplicable á su condicion en aquel evangelio de los asalariados. Desmenu-

zando las frases no hallaban en ellas mas que sonidos; pasando á las consecuencias, solo les conducian á lo imposible, y empezaban ya á menear la cabeza diciéndose con la energía vulgar de su lenguaje:

—"El Luxemburgo es un pasatiempo que la revolucion ha proporcionado á los ociosos, donde se nos adormece con palabras halagüeñas para que no sintamos el hambre. Consultemos simplemente el buen sentido. No hay capital, ni salario, ni trabajo sin libertad; si privamos de ella al fabricante y de su capital al rico, seremos todos tan miserables unos como otros. Lo que se nos predica es la igualdad del hambre."

Los problemas de Luis Blanc, de los socialistas y de los comunistas se confundian en el Luxemburgo como las lenguas en la torre de Babel. El corazon de Luis Blanc se manifestaba en sentimientos fraternales, su palabra en imágenes; pero en su sistema solo habia tinieblas. Otro *O'Connell* de los trabajadores hacia lucir sus problemas, prometiendo lo imposible y aplazando los resultados á los que no podian diferir sus necesidades.

Algunos miembros de la mayoría del gobierno se reunieron en casa de Mr. Cremieux, ministro de justicia, para sondear la situacion de la hacienda y oir la triste esposicion de su estado, hecha por Mr. Goudchaux. Allí, á presencia de MM. Marie, Bethmon, Cremieux, Garnier-Pagés, Duclerc, Pagnerre, Carnot y Lamartine, anunció Goudchaux su irrevocable resolucion de retirarse del ministerio. Este anuncio consternó á los individuos presentes del gobierno, quienes conocian que la retirada de un



ministro estimado y que inspiraba confianza á los capitalistas era un golpe funesto para el crédito y una declaracion de apuros al país. Dupont de l'Eure, Garnier-Pagés, Lamartine y todos los circunstantes suplicaron á Mr. Goudchaux que desistiese de su resolucion, representándole patéticamente las deplorables consecuencias que iba á originar: la zozobra de los hombres de dinero, el terror de los contribuyentes, el pánico de los capitales, la clausura de un gran número de fábricas y el aglomeramiento en Paris de grandes masas de obreros sin trabajo.

Mr. Goudchaux no cedió, sin embargo. Hubo entonces un triste silencio, durante el cual todos pensaban que en un momento tan critico en que la hacienda lo era todo, en que de la desaparicion del numerario podia resultar una bancarrota, y en que el numerario iba probablemente á desaparecer con Mr. Goudchaux, la dimision del ministro de hacienda era el golpe mas terrible que podia recibir el gobierno.

Estos momentos lo fueron de angustia, y debieron causar penetrante impresion en el alma de los que comprendian las consecuencias de aquella catástrofe de la hacienda y de los capitales, recien proclamada la república.

Lamartine particularmente se estremecia de ellas. En su opinion, la bancarrota, el terror y la guerra eran una misma palabra; pero tambien se hallaba convencido de que el gobierno no debia declararse vencido sino sucumbiendo todo él.

—"¡Mas bien morir todos de pena, esclamó levantándose con desesperacion, que declarar-

nos vencidos é impotentes ante los peligros del tesoro; que hacer decir á los enemigos de la Francia que la república ha comenzado su carrera por una bancarrota! La retirada del ministro de hacienda nos consterna; pero no nos desanimará, y ya que hemos hecho todo lo que habia que hacer para evitar esta desgracia, no omitamos nada para repararla."

El mismo impulso se apoderó de todos los que asistian á la conferencia. Garnier-Pagés, aunque casi espirante de debilidad, de cansancio y de enfermedad, volvió á hallar en su corazon el valor del hombre de bien que no se amilana jamas, para aceptar la carga de la hacienda, cuyo peso conocia mejor que nadie, con una abnegacion igual á su patriotismo religioso. Su aceptacion salvó al tesoro, y preservando á la hacienda de las medidas estremas y acerbas que la imprudencia aconsejaba á la desesperacion, salvó realmente tambien á la república.

FIN DEL LIBRO IX.

# LIBRO DECIMO.

## I.

En el tiempo trascurrido, el gobierno no habia recibido aun ninguna noticia exacta sobre la suerte del rey, de la reina y de la familia real. Los comisarios nombrados por Lamartine para ir á proteger su fuga esperaban en vano la órden de su partida, porque deseando el gobierno, como se ha visto, facilitar la salida de Francia del rey, de los príncipes y de los ministros, en vez de poner obstáculos á ella, se creyó que aquel medio podria suscitarlos mas bien que favorecerla. Lamartine no empleó, pues, mas que medios oficiosos para instruirse de las diversas direcciones que la familia real habia tomado. Sin conocimiento del gobierno y por un acto espontáneo de la justicia, el procurador general, ordenó el arresto de los ministros fugitivos